

EL BAGAT

Cuando Epifanio, el cocinero, se emborrachaba, Juana tenía que hacer la cena. La cena precisamente, y nunca la comida, porque Epifanio no se emborrachaba más que por las tardes. Por las tardes, especialmente, porque era cuando iba al pueblo a comprar aves y huevos, y un trago aquí, otro trago allí, *tuba* en este *tiangui*¹, aguardiente en aquel otro, el cocinero iba perdiendo la noción de las cosas y del tiempo por efecto de los vapores, que ponían confusiones en su cerebro. Si conseguía llegar a su casa, su mujer enviaba un recado para anunciarnos que Epifanio no podía venir. Otras veces se retrasaba tanto, que algún hijo tenía que salir a buscarle por la carretera del pueblo. Cuando al dar las siete no se había presentado en casa, Juana empezaba a preparar los alimentos. Nosotros la acompañábamos en la cocina. Solía ocurrir también que, una vez comenzados los guisos, apareciese Epifanio a medio emborrachar o borracho del todo. Entonces le daba por explicar, quieras o no, el motivo de su retraso. E indefectiblemente el causante era el *bagat*. El *bagat* es un *asuang*. Un *asuang* ya sabemos que es un ser sobrenatural,

¹ Tenducho indígena, de caña y *nipas*, donde *tuba*, petróleo, cerillas, etc., etc. se venden menudencias, tales como *buyo*,

invisible y maligno. Los llamados *bagat* tienen como especial misión de su existencia detener a los caminantes en los lugares solitarios, conduciéndoles por caminos errados, despistándoles, en fin, para evitar que lleguen a su destino, o para retrasarles la hora en que deben alcanzar un lugar señalado. Naturalmente, esto trae consigo inconveniencias y hasta desgracias irreparables.

También suele manifestarse el *bagat* en apariciones fugaces, las noches de luna, sirviendo de aviso sobrenatural, precursor de infortunios y desventuras. Epifanio nos contaba, por ejemplo, que un terrible macho cabrío se le había atravesado en el camino y no le dejaba continuar. Entonces tenía forzosamente que retroceder o esperar a que el animal le dejase el paso expedito. Y al mostrarle nuestra incredulidad nos citaba mil ejemplos y nos narraba cien historias, todas ellas verídicas, según su criterio.

—Sin ir más lejos —nos decía—, aquí mismo, a la vuelta, vive un *bagat* en el *talisay*. Se me aparece siempre bajo la forma de un cura, me da las buenas noches gentilmente, me entretiene un ratito y luego me deja pasar. También oigo cantar a una hermosísima mujer que mora en el *imbornal*² del cruce de esta calle con la calzada³. Dentro de la chimenea del *camarín* habita un cafre, que hace tres meses mató con la mirada a Taquio cuando pasaba por delante y no quiso detenerse al ordenárselo aquél.

Juana le expulsaba de la cocina y le enviaba a su casa. Epifanio, entonces, se iba sumiso, y nosotros preguntábamos a Juana si era verdad que existía el *bagat*.

² Se llama así, en la isla de Negros, la alcantarilla que atraviesa las carreteras y calles.

³ *Ambos seres son el objeto del último cuen-

to que se presenta en esta edición especial, inédito hasta ahora y titulado *El Talisay*.

—Sí, el *bagat* existe —nos replicaba, consciente de su saber—; pero no siempre es cierto todo lo que cuenta Epifanio.

—Pero ¿sale realmente a tu encuentro y no te deja pasar? —preguntaba yo.

—No cabe duda.

—¿Y para qué hace eso? —volvía a inquirir.

—Para alcanzar un fin, que suele ser frecuentemente la venganza.

—La venganza ¿contra quién?

—Contra quien sea: contra un enemigo, contra un agravio.

—Pero, Juana, eso es terrible —decía yo, aterrada.

—Sí, nena, muy terrible; pero hay cosas inexplicables que son terribles y no sabemos siquiera quién nos las envía.

—¿Tú sabes alguna historia del *bagat*? —preguntaba curiosa.

—Sé muchas, y vosotros sabéis también una —contestó Juana.

—¿Nosotros? ¿Cuál?

—Lo sucedido cuando la muerte del señorito Manolo, el cuñado del señor Gaiztegui.

—No nos acordamos de eso, Juana —decía el mayor de los hermanos.

—Claro, como que érais muy pequeños. Pero recordaréis, sin duda, la mañana aquella en que visteis llegar a un jinete montado a pelo sobre un caballo cubierto de sudor y espuma. El jinete venía pálido, desencajado, tembloroso, jadeante, el rostro cubierto de polvo, el cabello en desorden, la voz ronca. Y apenas pudo anunciar: “Los *Pulájanes*⁴ han cogido al amo,

⁴ *Fueron bandoleros que amenazaron seriamente la estabilidad del gobierno estadounidense en los primeros años del siglo veinte, principalmente en el área de Visayas y también en Luzón en la zona tagala.

Como Adelina relata, su origen está en las luchas que los filipinos mantuvieron por su independencia, primero con los españoles y después con los americanos.

a su hijo y a su cuñado. Ahora se dirijen hacia aquí.” Entonces mamá os arrebujó en unas sábanas, os metió en un carro con el equipaje imprescindible y partisteis para el pueblo. Yo me quedé y me enteré de todo cuanto acaeció luego.

—¿Y qué ocurrió Juana?

—Esto ...



MALA SUERTE

El apellido Gaiztegui era uno de los más antiguos de La Carlota. Tenía sus haciendas muy internadas en el monte, y por este motivo los varones pasaban largas temporadas en ellas, mientras las hembras y los niños vivían en una casona dentro del pueblo. La más principal de entre sus fincas era la hacienda San Francisco. Para ir a ella, el trayecto que había de recorrerse resultaba largo y penoso, porque la calzada —que cruzaba nuestra hacienda— se hacía estrecha y polvorienta tan pronto como se atravesaba el río, con baches profundos, donde en la estación lluviosa se atascaban los carros. La vida en el monte era más dura que en la llanura. Los braceros rehuían ir allá, y sólo los aventureros, los de dudosa conducta, huidos de la justicia o ambiciosos en pos de un jornal más alto, se avenían a trabajar por aquellos lugares. Esto quiere decir que, si abajo los amos y los capataces esgrimían el *bejuco*¹, los puños y hasta la pistola, arriba el trato era aún más rígido, mejor dicho, más cruel. Y el espíritu de venganza acechaba el momento oportuno para llegar a la saciedad en su cumplimiento. Gaiztegui se había hecho viejo trabajando los campos, moliendo luego la caña,

¹ *Látigo hecho con la liana de los árboles.

cociendo el zumo, elaborando el azúcar. La carga pesada de la lucha caía ahora sobre los hombros fuertes de su hijo Julián, bronceado de sol tropical, atlético, afanoso, trabajador. Y para que sus hombres rindiesen, su disciplina era dura, inhumana, colonial, en fin. Era la época y las costumbres. Se azotaba a los hombres, se les castigaba por el menor motivo, y los indígenas, aceptando tal estado de cosas como algo inevitable, guardaban en estado latente una levadura que cualquier mañana había de levantar efervescencias de rebeldía. De vez en cuando, alguno de ellos, con hartura de sufrimiento, huía más al monte todavía y se unía a una banda de salteadores, mandada por un hombre que se hacía pasar entre sus huestes como capitán profeta, como guerrero enviado de Dios contra los blancos. El jefe se llamaba a sí mismo Papa Isio, y su banda era conocida por el nombre de *Pulájanes*, tomado de la palabra *Pulá* (rojo). Para hacerse invisibles en la oscuridad, los bandoleros iban vestidos de colorado. El origen de aquélla partía de la época de la guerra de España contra los Estados Unidos. Los filipinos, que se rebelaron contra los norteamericanos tan pronto como vieron que se les dejaba incumplida la promesa de independencia, anunciada por sus jefes como premio a su colaboración con aquéllos para reducir más rápidamente a los españoles, retrocedieron, batiéndose hacia los montes. Los últimos focos de resistencia fueron exterminados en el monte bajo, y los guerrilleros que no quisieron rendirse se refugiaron en las escabrosidades de los picos, degenerando luego en banda de salteadores. Contra ellos luchaba la Costabularia² cuando ocurrieron los sucesos que se van a narrar. A pesar de que en las residencias de las haciendas se montaba guardia toda la noche,

² *El gobierno estadounidense creó en 1901 un cuerpo de policía militar filipina que seguía el modelo de la "constabulary" americana, conocida en su versión españolizada como "la costabularia".

los *Pulájanes* asaltaban las fincas y, después de saquear la casa, se llevaban presos a sus moradores.

Así sucedió que una noche los bandidos penetraron en casa de Gaiztegui y apresaron al viejo, a su hijo y a su cuñado Manolo. El golpe iba dirigido contra Julián, por espíritu de venganza personal; pero se llevaron al padre también, con vistas a un buen rescate. En cuanto a Manolo, víctima única a fin de cuentas de aquel suceso, era tan apreciado por los indios que quisieron dejarle en libertad invitándole a que partiese para el pueblo. Manolo, sin embargo, con un gesto de lealtad, no quiso separarse de los suyos y decidió compartir su suerte acompañándoles en su cautiverio, aun contra la voluntad de los opresores.

(Juana nos decía que ya desde un principio el señorito Manolo actuaba por inspiración del *bagat* que quería perderle.)

Los bandoleros hicieron alto en un paraje escabroso, entre riscos y vegetación, y desde allí enviaron a su casa al viejo Gaiztegui acompañado de un mensajero para que pactase con la familia el rescate de los rehenes. Dando pruebas de su buena voluntad, los *Pulájanes* habían libertado a don Atanasio, pero Julián no sería libre hasta que no fuesen entregados los tres mil pesos que se pedían. El trato quedó cerrado: aquella misma noche les sería pagado el rescate y simultáneamente habían de soltar a los prisioneros.

La Costabularia, naturalmente, intervino en el asunto, pero se acordó que se abstuviese de atacar a los malhechores mientras no se hallasen en libertad los cautivos, o sea que debiendo entregarse el dinero sobre la media noche, las fuerzas armadas no habían de romper fuego hasta la madrugada. Dispuesto todo de esta manera, se buscó un hombre de gran confianza para encomendarle la misión de llevar la moneda en plata y papel, recomendándole muy especialmente que por

nada ni por nadie se rezagase en el camino, y que por encima de todo, el rescate debía ser pagado antes de las cinco de la mañana del siguiente día.

—Has de tener en cuenta —se le advirtió— que en tus manos está la salvación de dos vidas. Si la Costabularia ataca a los *Pulájanes* antes de haber recibido la cantidad estipulada, los rehenes estarán aún en su poder y serán asesinados en el acto. Ni por cansancio, ni por sueño, ni por miedo debes retrasarte lo más mínimo y menos aún dejarlo para el día siguiente. ¿Juras hacerlo así?

—Lo juro, señor —respondió solemnemente Jacinto.

Este Jacinto, nacido en el pueblo, de padre desconocido, había sido abandonado por su madre. La familia Gaiztegui lo recogió, y primero de criado en la casa, luego de capataz en la hacienda, se hizo el hombre de confianza de sus protectores. Andarán y montaraz, por haberse dedicado alguna vez a la venta de plátanos, de camote y de *buyo*, conocía los caminos y las veredas del monte Canlaón, así como las colinas que le circundaban, los picos, los riachuelos, todo el terreno montañoso, en fin, y por eso también se le eligió entre otros para la misión delicada de llevar el rescate. La deuda de gratitud³ que tenía con la familia que le crió era, además, razón de peso para que se esperase de él un fiel cumplimiento del compromiso.

Y en efecto, Jacinto se puso en camino con su valiosa carga inmediatamente después de haberle sido entregada; pasó por Cubay sobre las cuatro de la tarde, continuando hacia La

³ *Esta expresión traduce un concepto esencial en la cultura filipina que se conoce como "utang na loob". Explica tanto las dificultades por las que pasa Jacinto, como la perseverancia que muestra el compadre de Jacinto. Consiste en la obligación que contrae una

persona para con otra al haber recibido su ayuda inestimable y desinteresada en algún momento de gran importancia o necesidad. Los vínculos que esta deuda crea compelen a esta persona a devolver indefinidamente la ayuda recibida.

Castellana, para emprender el ascenso en busca de la guarida de los bandoleros, a muchos de los cuales conocía. Como era valeroso, no le importó que la noche se le echase encima, y gran conocedor del terreno que pisaba, lo andaba con facilidad y holgura, con despreocupación casi. Todo fue bien hasta las dos de la madrugada, cuando ya sólo le faltaban cincuenta minutos escasos de camino para dar cima a su cometido. A esta hora pasó por un barrio indígena, pobre y miserable, donde Jacinto tenía un *compadre*⁴ que, tiempos atrás, había sido su socio en el negocio de la venta de productos del monte. El tal compadre se enamoró de una *montesa*⁵ con la cual se casó, quedándose ya a vivir en aquellos lugares, porque su mujer no se avenía con la vida de la llanura. Ganas le entraron a Jacinto de subir a descansar un rato y beber una copa de aguardiente, como era su costumbre siempre que pasaba frente al caserío, pero la importancia de su misión le recordó su deber y siguió adelante. A medida que avanzaba, por un no sé qué inexplicable y extraordinario, el deseo de detenerse se fue haciendo más patente, hasta llegar casi a lo irresistible. El mismo Jacinto no comprendía esa ansia angustiosa que se apoderaba de su voluntad, ansia que conseguía apaciguar gracias al esfuerzo inaudito de su decidido afán por continuar. Pasó al poco rato por delante de una chimenea altísima, que había pertenecido a una hacienda cuyo propietario se arruinó. De las ruinas del *camarín* sólo quedaba en pie, erguida y majestuosa, la chimenea de ladrillo encalada. En la noche, su silueta blanquecina le prestaba el aspecto de un fantasma gigantesco y espectral.

⁴ *El compadrazgo forma una parte esencial del sistema de relaciones personales en la sociedad filipina. Los lazos de protección y amistad que se establecen entre compadres están en ocasiones muy relacionados con las deudas de gratitud. Se sellan habitualmente

mediante actos religiosos como un bautismo o un boda, rituales que sirven para reforzar una relación de amistad previa.

⁵ Mujeres indias que nacen y viven en las montañas.

Detrás de su base parecieron agitarse unas sombras, y por primera vez Jacinto sintió miedo. Se paró en seco asegurando con una mano el saco del dinero y empuñando con la otra su revólver. Pero las sombras se disiparon. No habían existido más que como la quimera de una visión nocturna. Jacinto esperó un rato, hasta que viendo que nada extraordinario parecía suceder (aparte del miedo de su pecho y el deseo aumentado de regresar y descansar bajo el techo de su compadre) decidió continuar. Sin embargo, y a pesar de la aparente normalidad, Jacinto no se movía. Algo desconocido le tenía clavado en el suelo; el peso incomprensible de sus piernas y la angustia desmesurada de su corazón. Pasaron unos minutos más, largos, interminables, durante los cuales Jacinto tomó la decisión de volverse para serenar su agitación en casa del compadre y rogarle que le acompañase lo poco que quedaba de camino.

Pero no pudo ni girar sobre sí mismo, ni andar hacia atrás. Entonces, comprendiendo la inminente desgracia que se cernía sobre su persona y la familia protectora de su infancia y de su vida, acumuló, en un supremo empuje de su voluntad, todas sus fuerzas, y apretando los dientes y cerrando los ojos se desprendió de la tierra y del sitio y echó a correr.

Jadeaba cuando alcanzó el final de la cuesta y se detuvo. Ceñido a su cintura iba el saco del dinero, mientras la otra mano empuñaba la pistola. Mirando con recelo la base de la chimenea, que quedaba allá abajo, siguió, paso tras paso, con fatiga y con pavor, hasta que la perdió de vista. Más sereno ya, con el contento, además, de haber conseguido vencer la tentación y el miedo, aceleró el andar, deseoso de llegar lo antes posible y acabar con la tarea que se le había confiado. Siguió por la vereda que rodeaba el monte, pasó por un desfiladero conocido, empezó una ascensión penosa y larga, y al llegar a lo alto y doblar un recodo, cuando creía que allí cerca iba

a encontrar la cueva con la gente, desembocó al pie de una montaña y, ¡oh sorpresa!, se encontró otra vez frente a la chimenea, a diez minutos de la casa del compadre. ¿Qué era aquello? ¿Cómo había sido posible que hubiera sufrido tan inexplicable despiste? Oyó cantar un gallo desde el caserío y echó a andar de nuevo por miedo a que sus pies volviesen a clavarse en la tierra, y obsesionado ya con la idea de llegar a tiempo junto a los *Pulájanes*. Anduvo de prisa unos minutos, pero tan pronto como desapareció de su vista la chimenea embrujada, retardó el paso con el fin de orientarse mejor y no volver a extraviarse. Sí, allí estaba el camino que luego se estrechaba hasta convertirse en vereda. Bordeó un riachuelo, cerciorándose antes de cruzarlo de que la vereda bifurcaba hacia la derecha en un atajo que trepaba a los picos para descender más tarde sobre una calzada ancha. La calzada terminaba en la residencia de la hacienda más grande del lugar, muy al oeste de la isla. Meditó un rato y completamente seguro de su rumbo, echó por la izquierda, atravesó el arroyo y siguió ascendiendo hasta el desfiladero. Fue comprobando la ruta con señales inequívocas; aquí era un gran *talisay* solitario en el camino; allí, la cascada, ancha y blanca, que se precipitaba como un velo de novia sobre la rebalsa del riachuelo; más lejos, la cabaña de unos negritos⁶, con el *camotal*⁷ al lado, bordeado por plantas de *betel* y amparado por los brazos anchos, erizados y extendidos de las palmeras de la *bonga*. Después las paredes del desfiladero se hacían más elevadas, y en la oscuridad de la sima Jacinto palpaba los peñascos, mojaba las manos en los

⁶ *Los negritos son la raza más antigua de Filipinas. Recibieron este nombre de los españoles debido al color muy oscuro de su piel, a su pelo negro y muy rizado y a su baja estatura. Viven en las montañas, son mayo-

ritariamente nómadas y cazadores y se asientan en las riberas de los ríos. Se les puede encontrar en diversas regiones de Filipinas.

⁷ Plantación de camote (especie de batata grande).

manantiales, medía con los brazos el tronco de éste o aquel *lunuk*⁸ y confirmaba su camino localizando todas las señales más evidentes. Al final del desfiladero comprobó desde lejos la existencia del tamarindo que coronaba su cima, y animoso y anhelante, aceleró el paso, porque después del árbol se torcía a la derecha para descender ya a la cueva de los bandoleros.

¡Oh desdicha! Una vez más, en lugar del sendero que bajase a los riscos de la falda de otra cumbre, se halló Jacinto al pie de la misma colina del punto de partida, en el camino de La Castellana, la casa del compadre detrás, y enfrente, fatídica, amenazadora, altiva y ultraterrenal, la chimenea blanca de la hacienda en ruinas.

La prueba resultaba demasiado fuerte, no obstante su tesón y su valor, mil veces comprobados en otras ocasiones. Ahora, empero, se trataba de lo sobrenatural. No había duda: era el *bagat*, el *bagat* quien impedía su misión. Contra él no existían armas humanas con las cuales luchar: el hombre es una víctima de su maldad y su fragilidad material una pavesa en el fuego intangible de esos espíritus del mal. Y sin embargo, había que agotar todos los recursos por que no se dijese que Jacinto se había dejado vencer sin una lucha a muerte, recurriendo hasta lo sobrehumano para cumplir. Estaba sobre el camino: a un lado la chimenea abandonada, habitación del duende; detrás el caserío mísero lanzando el ¡ki-ki-ri-ki! de sus gallos, clarines de la aurora que anunciaban ya la hora fatídica.

Eran las cuatro y media de la madrugada.

Corriendo mucho, sin obstáculos que vencer ni estorbos que afrontar, aún se podía llegar a la hora. Dándose cuenta de lo que el más leve lapso de tiempo podía significar, lo

⁸ Árbol de grandes dimensiones que crece en los lugares húmedos.

pensó sólo un momento, lanzándose después en carrera loca por la misma ruta de antes, la única, la verdadera. A los pocos minutos de recorrido, vio Jacinto cruzarse en su camino un enorme mastín negro, manchado de blanco, que abriendo las fauces, fruncía los morros y enseñaba los dientes a través de un gruñido extremadamente amenazador. Sintió un escalofrío bajo el sofoco de su carrera y empapó su frente copioso sudor. Tardó, sin embargo, un instante antes de avanzar hacia el animal ordenándole que se retirase, pero el perro gruñó con más fuerza, mientras sus ojos se hacían dos ascuas fosforescentes en la negrura acentuada que precede al amanecer. Entonces, loco de coraje y de pavor, empuñó la pistola apuntando al mastín. Éste desapareció un trecho breve para volver a hacerse y visible una y otra vez en distintos lugares del recorrido. Jacinto conseguía defenderse y ahuyentarlo siempre por el procedimiento anterior, mientras corría enloquecido y alucinado a lo largo del desfiladero, buscando con la mirada desorbitada, pero anhelante, el tamarindo de la cima. Al fin, lo divisó. Comenzaba a clarear. Se dio mayor prisa e iba avanzando con mayor rapidez cuando justamente a cien metros del árbol el perrazo negro y blanco tornó a interponerse en su camino, esta vez más amenazador y más terrible, más siniestramente sobrenatural. Ya no se intimidó el animal frente al cañón de la pistola. Con las patas delanteras apoyadas rígidamente contra el suelo, la cabeza levantada y echada hacia atrás, los cuartos traseros encogidos sobre el piso en actitud de embestir, las fauces abiertas, erizada la boca de dientes blancos y afilados, el perro duende, espíritu del mal, le cerraba el paso al caminante cuando llegaba casi al término de su jornada. Jacinto intentó varias veces rebasarle por un borde u otro del sendero, pero el can retrocedía unos pasos con agilidad pasmosa, taponando siempre la salida.



El perrazo tornó a interponerse en su camino,
más amenazador y más terrible

Penosa y lentamente, aun consiguió el mensajero ganar terreno hasta llegar muy cerca del tamarindo. En este lugar, el perro se plantó, furioso y terrible, sin dejar mover a su enemigo. Entonces, Jacinto, exasperado y enardecido, comenzó a disparar sobre él. Las balas, empero, parecían rebotar contra el animal, sin que por esto el hombre, con la razón casi perdida, dejase de hacer fuego. Llegó un momento en que le pareció escuchar una respuesta a sus tiros con otros que venían de los montes. Creyó al principio que eran el eco de los suyos, pero al agotársele la munición, los tiros siguieron sonando en la lejanía, cada vez más claros y más fuertes.

Jacinto entonces comprendió que ya era tarde para todo. La Costabularia estaba atacando a los *Pulájanes*. Y aun no había sido entregado el rescate.

Eran las cinco de la mañana.

El perrazo había desaparecido.

Contra el horizonte iluminado se agrandó la silueta del tamarindo.

Sin saber lo que hacía ni a dónde iba, Jacinto echó a correr hasta perder la noción del tiempo y del lugar. Cayó a tierra y se sintió herido en la sien... Luego fue una lengua áspera y caliente lamiendo su sangre y dejando en la herida las babas, que corrían, viscosas, por su rostro. El perro chascaba la lengua contra el paladar, deleitándose en el sabor acre de la sangre humana, y tornaba a lamer y a chascar una y otra vez. Pero Jacinto, inmovilizado, no podía ni levantar los brazos ni hacer el menor gesto para defenderse. La viscosidad babosa del perro escurría ya hasta su garganta, hasta su pecho. Y a través de la congoja asfixiante de su corazón, subía a su cerebro el pensamiento de la muerte.

De la angustia de su pesadilla despertó, al fin. Junto a sí estaba su compadre lavándole la herida con un lienzo que

empapaba en el agua de un *tabo*⁹. Enfrente, la chimenea, que bajo el sol era ahora una sonrisa inocente y blanca.

—¿Qué ha sido esto, Jacinto? —interrogaba el compadre.

—Algo terrible, algo terrible —musitaba Jacinto.

—Un robo, no; aquí tienes el dinero.

—Peor, peor. ¡Si el cielo hubiera permitido que no lo tuviera! —gimió.

—¡Diantre! ¡Explícate mejor, pues no te entiendo! —contestó, asombrado, el compadre.

—El dinero, tenía que entregarlo y no lo he entregado —gimoteó más.

—¿Es que te pusiste malo y no pudiste continuar?

—Peor, peor.

—¡Rayo! Pues por la herida no será; es una insignificancia.

—No, por la herida, no; peor mucho peor.

—¡Rayo y demonio, habla de una vez! —rugió el compadre.

—Ha sido el *bagat*..., el *bagat* —plañó Jacinto.

—*Sus, Marí, Usep*¹⁰ —clamó aquél acordándose del cielo, y continuó— ¿Pero no llevas *anting-anting*¹¹?

—Lo perdí hace unos días, bañándome en el río.

—Mala suerte, compadre, mala suerte... ¿Y la herida?

—No sé —contestó Jacinto.

El compadre sacaba de un cestillo tejido con *buri*¹² una pulgarada de plumón medicinal de ave y lo aplicaba al corte sangrante. Acto seguido le vendó con un lienzo blanco.

—Tápame la venda con un pañuelo negro: tengo que huir, tengo que esconderme, y la venda me delataría.

⁹ Vasija redonda hecha con la cáscara pulimentada del coco.

¹⁰ Abreviatura de "Jesús, María y José."

¹¹ Amuleto para alejar los males.

¹² Palma de Filipinas con cuyas hojas se tejen cestillos y sacos. *En las islas Visayas se producen muchos tipos de fibras que tienen

muchos y variados usos. *Buri* es una palma de nombre científico *corypha*, originaria de la región malaya; de ella se pueden obtener tres materiales: el *buntal* que se extrae del tallo; la *rafia* que sale de la hoja nueva y el *buri* que se obtiene de la hoja grande.

—Pero, ¿qué has hecho? —interrumpió, asombrado, el compadre—. Anda, vámonos a casa, que allí me contarás todo.

—No, no; a tu casa, no, de ninguna manera —se negó Jacinto.

—¿Por qué?

—Porque es menester que puedas jurar que yo no he estado en tu casa.

—Bueno, compadre, veo que como tienes débil la cabeza te hace mucha falta comer y dormir.

Entonces Jacinto se puso muy serio y habló así:

—Mira, yo no voy a tu casa ni puedo dormir; lo que he de hacer es marcharme de aquí ahora mismo, antes de que me encuentren. Coge ese dinero y entrégaselo a mis amos y repíteles lo que te voy a contar tan pronto como nos refugiemos en aquel cañaveral para no ser vistos. ¿Me has colocado el pañuelo negro sobre la venda?

—Sí.

—Pues vamos.

Y Jacinto relató al compadre todos los sucesos de la noche anterior.

—No sé si esta herida —terminó— habrá sido producida cuando caí a tierra con el conocimiento perdido o si me la hizo el rebote de alguno de los tiros rozándome levemente. Comprenderás, compadre —añadió—, que después de todo esto yo no me puedo presentar ante mis protectores.

—¿Por qué no? Creo, al contrario, que deberías ir a defenderte con los hechos.

—No me creerían, no me creerían; los *castilas*¹³ piensan que los *asuangs* no existen, que son patrañas inventadas por los indios para justificar su mala conducta...; pero tú, compadre,

¹³ Nombre con el cual designan los indígenas a los españoles, derivado de la palabra Castilla.

sabes que es verdad, que yo luché y que el *bagat* pudo más que yo...

—Naturalmente que lo creo, Jacinto —interrumpió, convencido, el compadre.

—Entonces no me digas que vuelva a casa: no me creerían y me pegarían, me matarían... ¡qué sé yo! Tú vete —continuó suplicando—, vete ahora mismo y entrégales el dinero para que no piensen que soy un ladrón...; yo aquí te esperaré para que me cuentes lo que hayan dicho de mí. Necesito enterarme antes de marcharme lejos..., lejos.

—Pero quédate en casa hasta que regrese.

—No, no; eso, no; yo no quiero comprometerte, ni quiero que me cojan. A estas horas ya me estarán buscando. Vete pronto, compadre, vete pronto; es imprescindible que desaparezca lo antes posible.

El compadre, apiadado de él, no quiso insistir más y se fue a su casa para seguir al pueblo inmediatamente.

Cuando regresó a las ocho de la noche, se dirigió con prisa al lugar del cañaveral donde había dejado a Jacinto. Pero éste ya no estaba allí. Y no pudo recibir el perdón que para él traía de sus amos.

—Mala suerte —balbuceó el compadre con acento fatalista.

Guiado por su relato, el compadre recorrió el camino que anduviese Jacinto la noche antes, hallando todo de acuerdo con sus palabras: la cuesta, el riachuelo, la cascada, el desfiladero, otra vez una segunda cuesta y, al fin, el tamarindo en lo alto. Pasado el tamarindo, dobló hacia la derecha, y entre los riscos encontró la cueva. Pero ni los *Pulájanes* ni Jacinto estaban en ella. Continuó buscando a su compadre dos días y sus noches. No tropezó con el más leve rastro del amigo. En su lugar descubrió dentro de un bosquecillo de *iñam*¹⁴, el cuerpo del

¹⁴ Arbusto que abunda en la isla de Negros.

señorito Manolo, cubierto de bolazos¹⁵, devorado por una sed abrasadora, lacerado de dolores y con las heridas supuradas roídas ya por los gusanos. Lo bajó al pueblo y se lo entregó a los suyos. Pocas horas después moría.

Había sucedido que al verse atacados por la *Costabularia*, los *Pulájanes*, creyéndose burlados, se dirigieron bolo en mano hacia los prisioneros.

Julián, fuerte y decidido, rompió las cuerdas que le ataban, derribó de dos puñetazos a sus guardianes y se puso a salvo corriendo por entre las peñas hasta esconderse dentro de la vegetación. Manolo intentó hacer lo propio, cayendo víctima de su mezquindad física. En él se ensañaron la ira y la venganza de los bandoleros, dejándole malherido. Tambaleándose primero y arrastrándose después, consiguió guarecerse en el bosquecillo donde fue hallado.

Durante meses y años, el compadre buscó a Jacinto por el monte y por la llanura. Alcanzó la otra costa, pasó a la isla vecina y llegó hasta la de Bohol¹⁶. Preguntó en las haciendas, visitó los pueblos, ascendió a las escabrosidades de las alturas, convivió con las tribus solitarias, salió a la mar con los pescadores y con los mercaderes insulares, y en las cabañas y en las residencias de los blancos y en los caseríos intentó descubrir su paradero. Nadie le había visto, nadie le conocía, nadie sabía de él. Un día, de regreso a su hogar, topó con los *Pulájanes* y preguntó por su compadre. Le dijeron que hacía mucho tiempo que se había presentado a ellos, herido y preocupado, para hacerles saber que sus amos, fieles a su palabra, le habían enviado con el dinero del rescate, pero que el *bagat*, interponiéndose en su camino, no le había dejado llegar a tiempo.

¹⁵ *Heridas de *bolo*.

Cebú, probablemente "la isla vecina" que a su vez se encuentra al oeste de Negros.

¹⁶ *Esta isla está situada al oeste de la isla de

—Mala suerte para él y para nosotros... Mala suerte, porque contra el *bagat* no se puede pelear —comentaron los malhechores.

—¿Y no dijo a dónde iba?

—No dijo nada más. Al parecer, sólo le interesaba hacer constar que sus amos eran gente decente y habían cumplido su compromiso.

—Mala suerte —murmuraba, desalentado, el compadre.

—Ya lo creo —asentían los bandoleros.

Y tras una breve pausa tornó a preguntar:

—¿Y desde entonces...?

—No le hemos vuelto a ver...

—Mala suerte para todos. ¡Mala suerte!

Entonces, el compadre se despidió, melancólico y descorazonado. Llegó a su casa, abrazó a su mujer, besó al hijo que había nacido durante su ausencia y comenzó a andar otra vez los caminos, los valles y los montes, buscando aún y siempre al gran amigo del alma, al leal compadre Jacinto.

